

Desierto, arenas y dunas

CARMEN OLLÉ

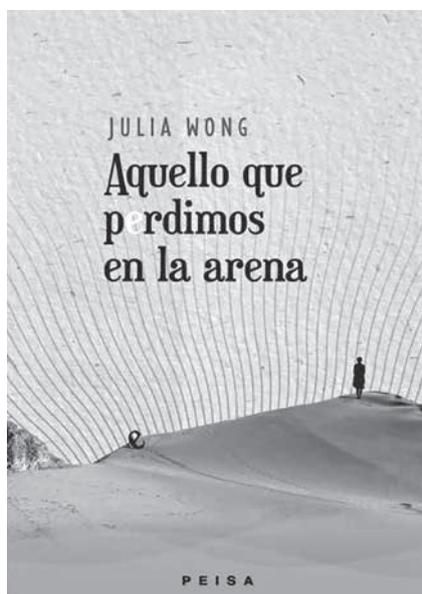
Sobre el desierto debe haber muchas novelas en el mundo, pero sobre el desierto en el Perú visto desde la infancia y con los ojos de una futura poeta, *Aquello que perdimos en la arena* (2019) de Julia Wong, es uno de los pocos libros en torno a este tópico. La amplitud e inmensidad del desierto costeño peruano es el tránsito continuo que recorrerá en su niñez la niña Cristina, de origen chino, desde su ciudad natal Chépén —un villorrio perdido al norte de Lima— hasta Chimbote, pero el desierto se traga todo, y se ha de tragar a los personajes más queridos e inolvidables de Cristina.

Este libro está compuesto por cuatro apartados donde se narran las experiencias de Cristina y su formación espiritual, los problemas de identidad, ya que su vida se debate entre dos culturas ancestrales: la peruana y la china.

La primera parte titulada «Panamericana Velvet» reúne las vivencias que experimenta Cristina en la casa de sus padres, la influencia que tiene para ella el entorno de arena, las dunas y la diferencia con el mar. En medio del desierto las carreteras importan, la Panamericana cruza toda América, llena de espejismos.

No es un libro que celebre los lugares de la infancia, por el contrario en el amor/odio se desarrolla una emoción que es la que dispara el espíritu creador de Cristina, quien será escritora. «He odiado Chépén, su sed, su atraso, su falta de ambición por ser algo más que una pobre comarca con sabor a arena escurridiza y sus esperpénticos aparecidos» (p. 13), dice. No obstante, los rituales de infancia en Chépén recuerdan los de los pueblos andinos peruanos, pócimas para arreglar matrimonios, curandería, avisos de salvación de diferentes iglesias que para una mujer budista como la autora resultan curiosos y extraños, puesto que suenan a «limpia» con huevo o con cuy o con escupitajos, o baño con yerbas raras, amuletos y otros tipos de cura como los brebajes de kion, por ejemplo.

El olor de las ciudades se impregna en el libro y el lector lo evoca como si lo compartiera. Cristina viaja por la carretera con la nariz pegada al vidrio y algo mágico sucede, dice,



Aquello que perdimos en la arena

Julia Wong

PEISA

Lima, 2019

120 pp.

cuando observa la luz distorsionarse y refractarse en esa extensa capa de arena y duna.

Pero si hay una visión que pocos han guardado en su memoria es la de los zorros, que se escabullen delante de sus ojos, los zorros del mismo color mostaza que la arena. «Nací», escribe Wong, «en medio de este desierto humedecido por ríos trastornados [...]. Un desierto rocoso, sin decoro. Asustadizo. Los hombres y mujeres parecían aparearse solo para reproducirse...» (p. 18). El desierto sin decoro y rocoso es la metáfora de la desolación, de la falta de amor, de la pérdida. Es en el desierto donde desaparece el amigo más querido de Cristina, Santiago, dejando solo una zapatilla Converse All Star como único rastro, y los lectores no podemos dejar de sonreír ante la analogía con el zapatito de cristal de *La Cenicienta*, aunque la desaparición de Santiago esté relacionada con el momento político que atraviesa el Perú y la presencia de Sendero Luminoso. ¿De qué lado está Santiago?

En los siguientes apartados «El buda de Tijuana» y «Al Magreb», son otros los espacios y los desiertos: el que cruzan los mexicanos para llegar al sueño dorado, el imperio de los Estados Unidos, y donde Cristina cree ser una de las tantas emigrantes, donde se desdobra y empieza a crecer la escritora. Entonces, los pasajes se cargan de ficción y Cristina es quien carga a una niña que debe amamantar. En «Blaue Sandrose» se lee: «Tal vez sea cualquier mujer que está escapando de algo terrible o soy yo misma, desesperada y chorreando sudor hasta el desconcierto. [...] ¿Me he dislocado?, ¿soy yo?, o ¿quién es?» (p. 43-44), se pregunta.

Es aquí donde surge la fantasía en todo su esplendor. La creación literaria empieza ya en la pubertad con la creación de un diario llamado «Las siete locas», en honor a Roberto Arlt. Las locas son o bien amigas inventadas con quien puede conversar o son famosas escritoras que la han guiado en su formación espiritual, como Erika Jong. Igual que Cristina, estas siete locas también se sentían solas e incomprendidas.

Pero ocurrirá un giro en la vida de la protagonista y sus padres la enviarán a estudiar a Alemania. Así, Cristina conocerá a quien será su esposo, Joerg, un alemán obsesionado con el desierto del Sahara, con el Magreb, otro ámbito de propias características. «El Magreb y el Sahara, se diría, poco o nada tienen que ver con el desierto de San Pedro de Lloc y sus recovecos» (p. 99), escribe. «Menos con los buitres de Baja California, que esperan las presas humanas dislocadas en sus arenas calientes» (p. 99).

En Alemania y en Tijuana, en Macao, adonde Cristina va con su padre después de la Reforma Agraria de Juan Velasco Alvarado, cuando el gobierno expropia sus tierras, o cuando viaja al sur de California, ella se hará siempre la misma pregunta: ¿es ella quien dicen que es? Medio china medio peruana. Un personaje femenino que funge o no —¿quién podría asegurarlo?— de ser el otro yo de la autora. Un libro sobre la identidad. El epílogo titulado «El último desierto» es la libertad de quien escoge y encuentra su destino.